

## CULTURA Y CAMBIO POLÍTICO, DE LA DICTADURA A LA DEMOCRACIA

JAVIER MUÑOZ SORO  
UCM

### Y LA DEMOCRACIA LLEGÓ A LAS CIUDADES (Y A LOS PUEBLOS)

En una mesa sobre cultura y cambio político en la Transición, dentro de un congreso sobre historia local, me parece oportuno empezar con una reflexión sobre las elecciones municipales de 1979. Para entonces habían pasado ya casi cuatro años desde la muerte del dictador y la transición institucional a la democracia parlamentaria podía darse por concluida, con la aprobación en referéndum de la Constitución el año anterior, como si se hubiera querido evitar e invertir el proceso que había llevado en 1931 a la proclamación de la Segunda República tras la derrota de las candidaturas monárquicas en las grandes ciudades.

Las elecciones del día 3 de abril de 1979 fueron percibidas en su momento como una ruptura con la Dictadura —repito: ¡cuatro años después de muerto Franco!— y un gran triunfo de la izquierda. Todos los comentarios del momento insistían en esa idea de cambio, de renovación del personal político local, de «pactos de progreso» entre el PSOE y el PCE, de éxito de la movilización ciudadana. Los resultados en las grandes ciudades, con más de 75.000 habitantes, daban motivos para esa euforia: todas las capitales de provincia andaluzas pasaron al PSOE, al PCE (Córdoba) o al PSA (Sevilla); todas las grandes ciudades catalanas, sin excepción, al PSC (Barcelona con Narcís Serra, Girona, Lleida, Tarragona) o al PSUC (Badalona, Cornellà, Sabadell o Santa Coloma), al igual que en Valencia (Valencia, Alicante, Castellón o Elche) y Madrid (con Tierno Galván, así como Alcalá de Henares, Getafe, Leganés o Móstoles). A la izquierda pasaron también Zaragoza, Vigo, Murcia, Pamplona, Palma de Mallorca, Guadalajara, Albacete, León, Valladolid... y hasta Salamanca. UCD conservó su poder en la mayor parte de las capitales de provincia en las regiones más agrarias: Galicia, Extremadura, La Rioja, Canarias, Castilla-León y Castilla-La Mancha, junto a Huesca y Teruel.

En realidad, como ya había pasado en 1931, la lectura política de los resultados electorales iba más allá de las cifras, considerando que no hubo grandes diferencias respecto a los resultados de 1977, ni mucho menos una derrota de

UCD: con una mayor abstención, el partido en el gobierno obtuvo el 31,37 % de los votos, a poca distancia del PSOE con el 27,86 %, aunque este había conseguido más alcaldes en las capitales de provincia (20 y 23, respectivamente). Aparte de la indudable mayoría de izquierdas en las grandes ciudades y las regiones más urbanizadas, y de las distorsiones creadas por un sistema electoral que actuaba en detrimento precisamente de esas regiones, lo que me importa resaltar es esa lectura política que, a diferencia de las elecciones de dos años antes, percibió las del 79 como una ruptura, como un triunfo de la izquierda y como el principio del fin de ese «partido de la transición» que fue UCD.

Creo, y esta es la tesis que me gustaría defender aquí, que esa percepción se debía en último término a las importantes dimensiones que había alcanzado la movilización ciudadana y el cambio cultural en el ámbito local, urbano, pero también rural. Una movilización social y cultural entendida en el sentido más amplio de la palabra, y que se había desarrollado en los años anteriores bajo, contra y fuera de los Ayuntamientos franquistas. En este sentido, la historiografía ha privilegiado durante años un análisis del cambio político básicamente centralizado e institucional, cuando el estudio de los cambios socioculturales y su interacción con los grandes procesos políticos del periodo tendría que hacerse también dentro del marco local. Si todavía hoy es así en gran medida, lo era mucho más entonces, cuando las políticas culturales del gobierno estaban muy lejos del «Estado cultural» a la francesa que levantarían los sucesivos gobiernos socialistas en los años ochenta y noventa, y cuando las Comunidades Autónomas no se habían erigido aún en las grandes productoras de cultura que son en la actualidad (aunque esa «cultura» se entienda a menudo solo como una reinención de pasados históricos y tradiciones folclóricas).<sup>1</sup> Con los fastos de 1992 culminaría esa auto y heterorrepresentación de España, convertida en alumna aventajada de una idea de la cultura instrumental, fagocitada desde arriba, competitiva en los nuevos mercados globales, que movilizaba y marcaba objetivos al conjunto de la sociedad al mismo tiempo que se convertía en imagen de su propio éxito de cara al mundo.

Pero, hasta entonces, los ministros de Cultura que habían heredado su personal del antiguo Ministerio de Información y Turismo, o del Movimiento, se ocupaban aún de ampliar la red de teleclubs y de organizar bailes folclóricos, o como mucho de proyectos relacionados con la alta cultura —con algunos éxitos como el regreso del Gernika— en medio de la penuria económica, con un presupuesto que de poco superaba el 1 % del conjunto de los presupuestos del Estado. Un Estado, por cierto, y unos Ayuntamientos cuyas políticas culturales se debatían entre el dirigismo autoritario heredado y un abstencionismo en parte de carácter tecnocrático, en parte

<sup>1</sup> Marc Fumaroli, *L'État culturel essai sur une religion moderne*, Le Fallois, París, 1991. (Trad. esp.: *El Estado cultural. Ensayo sobre una religión moderna*, El Acatilado, Barcelona, 2007).

dictado por exigencias de orden político mucho más acuciantes, pero siempre a remolque de los cambios culturales que se producían en la sociedad.

Hubo movimientos sociales de grandes dimensiones, como el obrero o el vecinal, que a Manuel Castells —hoy uno de los especialistas en Ciencias Sociales más citado del mundo— apenas llegado a Madrid desde Francia y Estados Unidos le pareció el movimiento urbano más extendido y significativo de Europa desde 1945.<sup>2</sup> Y otros más minoritarios, como el feminista o el homosexual, cuyo desarrollo ha sido más lento pero igualmente fundamental a largo plazo. Valorar la importancia cuantitativa de esos movimientos es, como poco, complicado, considerando su disparidad geográfica —en algunas universidades el número de estudiantes movilizad os superó un tercio del total, cuando en otras apenas debía superar el 5 %— y la reducida porción de la sociedad que, ayer como hoy, participa en los movimientos sociales de cualquier tipo. Las mismas encuestas sociológicas que nos hablan de esa amplia minoría de la población implicada en acciones reivindicativas nos hablan, igualmente, de la mayoritaria percepción que ya entonces se tenía sobre el carácter decisivo de esa presión desde la calle sobre lo que hoy llamaríamos «agenda política» del momento.

Libros como los de Pere Ysàs sobre la crisis del franquismo o de Alberto Sabio y Nicolás Sartorius sobre la primera fase de la transición a la democracia muestran una auténtica «oleada» de movilización, ese fenómeno que arrastra y alimenta otros movimientos en un efecto de bola de nieve.<sup>3</sup> Y cuyo efecto sobre la agenda del gobierno condujo —lo han explicado otros libros, como el muy reciente de Ferran Gallego— nada menos que al fracaso del reformismo franquista (y fraguista) y a unos objetivos rupturistas de hecho —elecciones democráticas con presencia del PCE y Cortes constituyentes— en la segunda y quizá última oportunidad que tuvo el rey para afianzarse y legitimarse.<sup>4</sup>

Las elecciones municipales de 1979 tuvieron un efecto contradictorio respecto a esos movimientos socioculturales. Por un lado, muchos de los líderes y sujetos más militantes fueron reclutados por los partidos políticos para sus nuevos cometidos institucionales, lo cual supuso que muchos de esos movimientos perdieran a sus miembros más activos. Por otro lado, las relaciones entre los movimientos y la «nueva» política, por llamarla así, no resultó fácil. Bien por el empeño de algunos en utilizarlos como correa de transmisión de los partidos y politizar sus actividades —convirtiendo, como dijo alguno, los socavones en barricadas— bien por conside-

<sup>2</sup> Manuel Castells, *Ciudad, democracia y socialismo*, Siglo XXI, Madrid, 1977.

<sup>3</sup> Pere Ysàs, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia (1960-1975)*, Crítica, Barcelona, 2004. Nicolás Sartorius y Alberto Sabio, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España (noviembre de 1975-junio de 1977)*, Temas de Hoy, Madrid, 2007.

<sup>4</sup> Ferran Gallego, *El mito de la Transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Crítica, Barcelona, 2008.

rar que sus reivindicaciones no estaban siendo atendidas por quienes, hasta poco tiempo antes, habían luchado codo a codo junto a ellos.<sup>5</sup> O lo que es peor, porque los partidos de izquierda empezaban a descartar a los movimientos ciudadanos, y a cualquier otra instancia fuera de las instituciones, como interlocutores válidos.

Ese desencanto no fue solo español: es un fenómeno que acompaña en su reflujo a todas las oleadas de movimientos, desde las revoluciones decimonónicas hasta mayo del 68. También porque las especiales circunstancias españolas, tras casi cuarenta años de Dictadura, hicieron que no hubiera uno sino varios cambios culturales concentrados y solapándose en un corto espacio de tiempo. La cultura antifranquista estaba ya en crisis por lo menos desde 1970, cuando Sastre denunciaba la falta de compromiso y la hegemonía cultural de la *gauche divine* barcelonesa, y se sucederán las rupturas conforme lleguen a tropel las influencias de otras corrientes culturales foráneas: «realismo mágico» latinoamericano, neonietscheanismo, feminismo radical, pop, camp, punk, *new age*, etcétera. Un cambio que convivirá cada vez más con los intentos de asimilación institucional —el Miró turístico, la «movida» con Tierno Galván— y su consiguiente reguero de perdedores y autores malditos.

La afiliación sindical descendió bruscamente en los años siguientes, muchas revistas políticas vieron bajar sus ventas hasta desaparecer y algunas culturas políticas, como las libertarias y, en general, de la izquierda radical, quedaron convertidas en subculturas marginales. Como ha escrito José-Carlos Mainer, no solo hubo cultura de la transición, sino una «transición como cultura», vivida como una explosión de movilización y creatividad.<sup>6</sup> Y eso fue extinguiéndose para bien o para mal. Para mal porque se impuso como pretendida normalidad la idea de una democracia a baja intensidad cívica, canalizada necesariamente a través de instituciones, sindicatos y partidos políticos. Para bien porque el punto de partida era bajo, mucho peor de lo que suele recordarse, y gracias a ese cambio cultural y a esos movimientos sociales las ciudades destruidas por la especulación y sin servicios comenzaron a humanizarse, los Ayuntamientos multiplicaron los equipamientos sociales y culturales, las universidades se llenaron de estudiantes y los pueblos castigados por la emigración y el abandono comenzaron a romper su forzado aislamiento.

## LAS RAÍCES INTELECTUALES DEL CAMBIO SOCIAL

Semejante explosión de vitalidad cultural tenía largas raíces sociales, por lo menos desde los años sesenta. España había quedado al margen del renacimien-

<sup>5</sup> Vid. Pablo Sánchez León y Vicente Pérez Quintana (eds.), *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid 1968-2008*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2008.

<sup>6</sup> José-Carlos Mainer, «Los intelectuales de izquierda: un sentimiento de crisis», *Historia y Política*, 20 (2008), pp. 159-181.

to cultural iniciado en la Europa de los años cincuenta y sus expresiones, como el existencialismo francés o el neorrealismo italiano, habían llegado solo a reducidos grupos de estudiantes e intelectuales. Además, como ha explicado Santos Juliá, el proyecto cultural más ambicioso que albergó el franquismo en su seno, el que defendieron los llamados «comprensivos», fracasó en su segunda y última oportunidad, entre 1951 y 1956.<sup>7</sup> Pero los años sesenta vieron el regreso de la europeización que había caracterizado a la cultura española de los años treinta, y en el único lenguaje posible, el de la cultura, pudieron retomarse algunas líneas perdidas, como las que llevaban a la secularización política y cultural.

En un multiplicarse de centros de producción y sociabilidad intelectual, en torno a universidades, cinefóruns, revistas o editoriales, pudieron ganarse espacios libres al margen del sistema, que adelantarían y acompañarían a partir de entonces las luchas políticas, obreras y, por supuesto, universitarias. La cultura de la izquierda cristiana, la cultura obrera, la cultura crítica y radical, la cultura feminista, ecologista o ciudadana alimentaron los nuevos movimientos sociales, novedosos a la fuerza tras años de represión y olvido, por mucho que empezaran a buscar en el pasado algunas de las claves de su presente. La respuesta del franquismo fue una represión mucho más discriminatoria que la llevada a cabo en las dos primeras décadas de su existencia, en tensión entre sus pretensiones de reconocimiento internacional y su déficit de legitimidad democrática. Cuando intentó institucionalizar esa represión bajo formas de legalidad, como con la Ley de Prensa e Imprenta de 1966, no consiguió sino hacer más visibles sus contradicciones internas y acelerar su crisis. El crítico literario Rafael Conte ha escrito sobre su detención por la policía franquista: «Para un señorito de mierda como un servidor fue la primera visión de que bajo tanto aburrimiento, horterada y cursilería había algo mucho más cruel que todo lo sustentaba».<sup>8</sup>

Licenciados o estudiantes en los últimos años de carrera, profesores adjuntos o no numerarios en la Universidad, periodistas o editores, a menudo compaginando varios trabajos para subsistir, nacidos durante los años de la guerra e inmediata posguerra, con una edad entre veinte y treinta años a mediados de la década de los sesenta, comenzaron entonces a publicar sus primeros artículos en revistas como *Cuadernos para el Diálogo* o *Triunfo* y sus primeros libros en editoriales como Edicusa, Taurus o Ciencia Nueva. El acceso de esos jóvenes al restringido espacio público de la cultura se producía en una fase de intensa ideologización que culminaría entre 1968-1970, con organizaciones políticas clandestinas ya bien estructuradas y en profunda renovación por la competencia entre la llamada «nueva izquierda» y los partidos históricos como el PCE y el PSOE.

<sup>7</sup> Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2004.

<sup>8</sup> Rafael Conte, *El pasado imperfecto*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998, pp. 88-89.

Esa mayor facilidad para militar o simpatizar en la clandestinidad, y también para acceder a lecturas más o menos prohibidas, que iban desde la rica cultura marxista europea a las primeras aportaciones anglosajonas sobre la reciente historia española, les abría un nuevo mundo en gran parte desconocido, pues muchos de esos jóvenes procedían de familias conservadoras de clase media más o menos identificadas con el franquismo: profesionales liberales, funcionarios, militares, comerciantes de las grandes ciudades pero también de provincias. Su socialización se había llevado a cabo primero en colegios religiosos, en particular de los jesuitas, escolapios, salesianos o marianistas. Menos frecuente había sido la escolarización en colegios elitistas laicos, opción al alcance de pocas familias progresistas o de tradición republicana en ciudades como Madrid o Barcelona.<sup>9</sup> De ahí muchos pasaron a organizaciones de apostolado secolar, como Acción Católica, las Congregaciones Marianas, Pax Romana o Pax Christi. A diferencia de sus hermanos mayores, que se habían identificado activamente con el oficial Sindicato Español Universitario (SEU), ahora ya en crisis, ese factor religioso estará muy presente en sus biografías, aunque casi siempre como punto de partida de un intenso proceso de secularización personal, y sucesivamente política.

La importancia de Madrid y Barcelona como centros universitarios obligaba a muchos jóvenes a desplazarse desde provincias y a residir en colegios mayores, que acabarían convirtiéndose en lugares de sociabilidad intelectual. Una década después el sociólogo Salvador Giner aún escribía sobre este «surrealista dato de que la inmensa mayoría —¿el 80 por ciento?— de los puestos numerarios de España, es decir, de catedráticos, profesores agregados y adjuntos totalmente incorporados al funcionariado [de su especialidad, la sociología], se hallan en Madrid».<sup>10</sup> La tendencia, con el pasar de la década, será hacia una lenta descentralización, masificación y aumento en la proporción de estudiantes procedentes de las clases medias provinciales y, en mucha menor medida, de la clase obrera. Según datos de Álvarez Cobelas, Madrid perdió algo de porcentaje en el total, excepto en Derecho, aunque de masificación solo se podía hablar en pocos casos, como el de Filosofía y Letras que pasó de 5.267 alumnos a 12.071. El número de estudiantes procedentes de las clases trabajadoras seguía suponiendo aún menos del seis por ciento del total, aunque fue creciendo la sensación de que la Universidad había dejado de ser una institución reservada a las élites.<sup>11</sup>

Los intelectuales de los años sesenta constituirán, además, la primera generación de científicos sociales de la posguerra, en pleno crecimiento y moderniza-

<sup>9</sup> José María Maravall, *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Alfaguara, Madrid, 1978, pp. 220-221.

<sup>10</sup> Luis Moreno y Salvador Giner (comps.), *Sociología en España*, CSIC, Madrid, 1990, p. 61.

<sup>11</sup> José Álvarez Cobelas, *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Siglo XXI, Madrid, 2004, p. 215.

ción del Estado y la administración franquista. Ya no hablarán o escribirán solo en nombre de la cultura, como los intelectuales literatos de las generaciones anteriores, sino gracias a ella, a sus conocimientos expertos en temas de relevancia social. Lo cual les permitiría su incorporación al sistema, en particular dentro de la Universidad y la Administración Pública, incluso superando los obstáculos derivados de sus actitudes políticas disidentes, en un Estado cada vez más complejo y necesitado de técnicos, cada vez más alejado de los antiguos mecanismos de captación por afinidad o pertenencia a las familias políticas.

Como estudiantes o ya licenciados se especializaron en áreas del conocimiento social relativamente nuevas en España, como la economía, la sociología y las ciencias políticas, rompiendo así con la secular tradición letrada de las élites intelectuales españolas. En realidad, acercando el foco de análisis, solía existir una cierta correspondencia entre preferencias académicas y políticas, de manera que se podría generalizar la tendencia de los jóvenes democristianos a seguir más apegados al mundo de las leyes y la abogacía, respecto a los «felipes», «tiernistas» o militantes de la «nueva izquierda», más proclives a dirigir sus carreras hacia las nuevas ciencias sociales. En palabras de José Luis Abellán:

En esta atracción por las ciencias sociales (atracción desusada), que prácticamente tiñe la obra de todos los intelectuales que han hecho su aparición pública desde 1956 hasta hoy, no hay solo el deseo de instaurar unos criterios de descripción [...] más científicos que los que había impuesto la generación de la guerra (el profundo irracionalismo que se vivía en los años cuarenta nos parecía que solo podía ser afrontado con criterios más científicos que los imperantes), sino la pretensión de llevar a cabo una auténtica desmitificación de la imagen «oficial» de la sociedad española.<sup>12</sup>

Porque si ya no les bastaba con conocer la realidad y había llegado el momento de transformarla, según la famosa sentencia de Marx, también era cierto que pretender transformar la realidad sin conocerla les parecía un estéril ejercicio de voluntarismo. Como se decía entonces, la relación entre transformación y conocimiento social tenía que ser «dialéctica», aunque nunca dejará de estar sometida a fuertes tensiones y contradicciones internas. Pero, a principios de los sesenta, cuando todavía no se habían fundado muchas de las facultades o departamentos de economía, sociología o ciencias políticas existentes en la actualidad, el origen de muchas de esas carreras académicas y profesionales fue el mismo: las facultades de Leyes y, en particular, la asignatura de Filosofía del Derecho. A partir de ahí se diversificaron los distintos intereses hacia áreas de conocimiento más a la vanguardia que, dada la carencia de oportunidades formativas en España, solían requerir otro periodo de formación en el extranjero.

<sup>12</sup> Citado en Equipo Reseña, *La cultura española durante el franquismo*, Mensajero, Bilbao, 1977, p. 159.

José María Maravall ya destacó hace más de treinta años la importancia de esos viajes y estancias fuera del país en las trayectorias no solo académicas o profesionales, sino también personales y políticas de esos jóvenes. Los destinos no serán ya tanto Alemania, cuya cultura tanta influencia había tenido en los intelectuales de la preguerra, ni tampoco América Latina, meta idealizada de la «hispanidad» franquista, con unas universidades que estaban siendo o estaban a punto de ser objeto de la represión militar, como lo habían sido dos décadas antes en España. Los nuevos economistas, sociólogos y politólogos españoles se dirigirán ahora a los respectivos departamentos universitarios de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia e Italia, mientras que los mejores juristas —menos cosmopolitas por razones obvias ligadas a su propia materia de estudio— podían seguir formándose en el histórico colegio español de Bolonia.<sup>13</sup> La experiencia vital de conocer, por un lado, otras maneras de trabajar y entender la universidad sin duda más avanzadas que las españolas, y por otro, unas sociedades democráticas, abiertas y dinámicas, al menos en comparación con la paz de los cementerios franquista, no podía sino dejar una profunda huella en sus respectivas biografías.

Por su formación cosmopolita esta generación parecía retomar en cierta medida el hilo truncado de la Junta de Ampliación de Estudios anterior a la guerra. Otro hecho definidor de la sociabilidad intelectual en los años sesenta es que su mirada al pasado reciente comenzó a ser sistemática y orientada decididamente hacia la recuperación de un patrimonio cultural perdido u ocultado durante años. Buscaron en el pasado la raíz de sus intereses en el presente, en una tradición cultural que no hubieran dudado en llamar «liberal» en oposición a la cultura franquista, no obstante la pésima reputación de que gozaba entre ellos esa palabra en su acepción política y la incansable búsqueda por doquier de contenidos «socializantes». Según la encuesta sobre las actitudes sociales en la universidad llevada a cabo por José Luis Pinillos unos años antes, en 1955, el 67 % de los estudiantes se consideraba una generación sin maestros, por la falta de sinceridad, dedicación y autenticidad de los mismos, y el 65 % declaraba posturas socializantes, si bien el 85 % se consideraba culturalmente «liberal», con Ortega como referente.<sup>14</sup> En los años sesenta, sin embargo, muchos sí reconocieron a sus maestros en algunos intelectuales que se habían alejado del franquismo, como José Luis L. Aranguren, Joaquín Ruiz-Giménez, José Antonio Maravall o Francisco Murillo Ferrol, aunque en un proceso paralelo al que se verificó en tantas familias españolas, con frecuencia fueron los estudiantes quienes acabaron llevando de la mano a sus maestros a entender un mundo y un país que cambiaban a marchas forzadas.

<sup>13</sup> Elías Díaz, «Autobiografía intelectual», *Antbropos*, 62 (1986), pp. 7-32.

<sup>14</sup> Citado en Roberto Mesa, *Jaraneros y alborotadores, y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Ediciones de la Universidad Complutense, Madrid, 1982, pp. 59-64.

De la mano de esos nuevos maestros los jóvenes sociólogos, economistas y juristas comenzaron sus carreras académicas con investigaciones sobre el pasado perdido: krausismo e Institución Libre de Enseñanza, Fernando Garrido, Fernando de los Ríos, Adolfo Posada, Manuel Sales i Ferré, Jiménez de Asúa, Julián Besteiro o Rafael Altamira. Por eso empezó a conocerse —porque había más medios, pero sobre todo más interés y curiosidad— la obra cultural y científica del exilio, de gentes como Américo Castro, Sánchez Albornoz, Salvador de Madariaga, José Gaos, García Bacca, Eduardo Nicol, María Zambrano o Severo Ochoa, por no hablar de la literatura y las artes plásticas. Una mirada que se extendía tanto en el tiempo como en el espacio, y que buscaba fuera, sobre todo en Europa, nuevos horizontes, de manera que otros eligieron a católicos, liberales o marxistas extranjeros —Maritain, Mounier, Bobbio, Gramsci, Althusser o Poulantzas— como referentes intelectuales de sus primeros trabajos.

En ese camino no puede sino subrayarse la función de las revistas y editoriales como lugares de encuentro y sociabilidad intelectual, de adquisición, divulgación y al mismo tiempo de creación de un pensamiento que sería la base de la acción individual (ética) y colectiva (política) de esos jóvenes. Ante el monopolio estatal de la prensa o de las familias del franquismo, revistas como *Destino*, *Índice*, *Triunfo*, *Cuadernos para el Diálogo*, *El Ciervo* o *Serra d'Or*, entre otras muchas de difusión regional, cumplieron además un relevante papel en esa conquista de espacios libres que iba a posibilitar posteriores conquistas políticas. En lo que muy pronto se llamó «parlamento de papel» —no en la acepción propia de los países anglosajones como «cuarto poder»— la prensa pasaría gracias al pequeño resquicio abierto con la Ley de Prensa e Imprenta de 1966 a suplir en algunos de sus cometidos a las instituciones democráticas.<sup>15</sup>

En ese aprendizaje de la democracia, en esa reconstrucción de la razón democrática, las revistas toleradas, el *boom* editorial, los centros de estudio alternativos y tantas otras iniciativas culturales propiciaron el encuentro de diversas generaciones y de distintas culturas políticas entre sí, poniendo al alcance del intelectual un mayor abanico de medios de acción y transmisión cultural, que pronto se traducirían, como demostró la transición a la democracia, en términos de poder social.

<sup>15</sup> Vid. entre otros, Isabelle Renaudet, *Un Parlement de papier. La presse d'opposition au franquisme durant la dernière décennie de la dictature et la transition démocratique*, Bibliothèque de la Casa de Velázquez, Madrid, 2003; Juan Montabes Pereira, «Los parlamentos de papel en el caso español», en C.H. Filguiera y D. Nohlen (comps.), *Prensa y transición democrática: experiencias recientes en Europa y América Latina*, Iberoamericana, Madrid, 1994, pp. 42-67, o Anthony Smith (ed.), *Newspapers and Democracy. International Essays on a Changing Medium*, MIT, Cambridge, 1980.

## CONCLUSIÓN

El cambio cultural de los años sesenta y primeros setenta cumplió una función de puente entre las transformaciones socioeconómicas de esos años y el activismo político de grupos sociales cada vez más amplios. Ahí radica su mayor interés para los historiadores, en ser el eslabón perdido entre los factores estructurales y de estrategia política que durante mucho tiempo han centrado las interpretaciones historiográficas de la Transición española. Revistas, editoriales, círculos culturales, colegios mayores, asociaciones de vecinos, grupos de base católicos, etcétera, no fueron solo una cantera de políticos y altos cargos de la Administración, una escuela de futuros profesores universitarios, periodistas, editores, escritores y demás figuras intelectuales. Fueron también la escuela de una parte de la sociedad, la más activa, ya no tan marcada como antes por las diferencias de clase. De manera que muchos jóvenes pudieron acceder a la cultura y satisfacer sus ansias de consumo cultural, a menudo antesala del compromiso político, con los nuevos productos lanzados al incipiente mercado neocapitalista español por esas revistas, radios o editoriales. Y descubrir así que existía el Ché Guevara, el LSD, los tebeos, la ecología, el feminismo, el psicoanálisis, la Segunda República, Manuel Azaña, las guerras en el Tercer Mundo, el teatro del absurdo o el estructuralismo marxista. No poco de ese bagaje se perdería en la resaca revolucionaria de los años setenta, y después algunos recordarían los momentos de exaltación con desencantada nostalgia, mientras otros trataban de olvidarlos como un exceso de juventud. Pero del poso de esos años se ha alimentado hasta hoy, para bien y para mal, la democracia española.